

Quando es clara la tarde, el mar sereno,
 Despues de un bello día :
 Reina en el universo la armonía
 El cielo con la mar duermen en paz.

Mas tarde brilla la argentada luna
 En el pálido Oriente

Y sus rayos se extienden mansanente
 Como franjas de plata sobre el mar.

Amo esta vida, en el inmenso océano
 Agitado ó en calma,
 En todo tiempo espejo de mi alma,
 Imágen de su eterna juventud!

ROCÍO

Ha llorado la noche de verano
 Mil lágrimas de amor;
 Las encuentra al llegar el sol, temprano
 Sobre la roja flor.

Del mundo aletargado por el seno
 Las lágrimas rodaron;

En sueños se sonrió dulce sereno;
 Sus miembros palpitaron.

La noche lo adormece entre sus brazos.
 ¡Horas santas y bellas!

Testigos mudos son de sus abrazos
 La luna y las estrellas.

Cuando llega de Oriente el claro día
 Y disipa el encanto,
 Humedece los campos todavía
 El misterioso llanto.

Dos lágrimas cayeron en mi frente
 Del caliz de una flor.

No sé lo que me agita el alma ardiente;
 ¿Es dicha ó es dolor?

MANUEL BLANCO CUARTIN

Nació en Santiago el 22 de Diciembre de 1822.
 Es hijo del notable estadista don Ventura Blanco Encalada.
 Desde 1845, en que aparecieron sus primeras producciones literarias, ha escrito incesantemente en la prensa diaria y periódica.
 Redactor principal del *Conservador*, del *Mosaico*, del *Cóndor* y del *Mercurio*, el nombre del señor Blanco Cuartin es uno de los mas conocidos de los escritores de Chile, entre los cuales ocupa uno de los primeros lugares como satírico.
 Ha publicado un volumen de poesías, las leyendas *Blanca de Lerma* y *Mackandal*; una *Memoria sobre la historia de la Filosofía y de la Medicina*, reproducida en la *Gaceta Médica* de Nueva Granada y muchos otros trabajos notables.
 Afiliado en el partido conservador, le ha prestado en todas ocasiones, aun en las mas difíciles, el valioso apoyo de su pluma y de su palabra.
 De Blanco Cuartin puede decirse que es el escritor por vocacion. — Ha escrito y escribirá siempre.
 Posee inéditas algunas comedias de costumbres, sátiras y gran número de composiciones de todo género.
 Es uno de los escritores públicos mas notables de América y uno de los mas conocedores del español. Desde el año 1869, se encuentra al frente de la redaccion del *Mercurio*, que es, sin disputa, el primer diario de Sud-América.

DON JUAN TRINCADO

Yo recuerdo que en mi infancia
 Conocí un Don Juan Trincado,
 Que aunque nunca vió la Francia
 Hombre fué muy ilustrado;
 Y tanto que repetía
 La *instituta* de memoria,
 Y de su patria sabía
 Mucha historia.

Con la edad y la pobreza
 Vino al cabo á ser maniático;
 Se le puso en la cabeza
 Que tenia un mal reumático;
 Y como tal que se hallaba
 Expuesto á una pulmonía
 Que de cierto lo enterraba
 Cualquier día.

Para poner un atajo
 Á esta soñada dolencia,
 Estudió de arriba abajo
 De la farmacia la ciencia;
 Y aprendió en el campo vasto
 De confusos formularios,
 Que uno muere sin emplastro
 Y electuarios.

Sin tomar ipecacuana,
 Y alguna vez estricnina,
 Y soplarse en la mañana
 Algun holo de quinina;
 De modo que vino el día
 De enflaquecer de tal suerte
 Que la estampa parecia
 De la muerte.

Con este horrible sistema
 Que lo llevara al sarcófago,
 Consiguió que una apostema
 Le saliese en el esófago;
 Hasta que por fin sintiendo
 Llegara su hora postrera,
 Dijo: Ya voy conociendo
 Mi tontera.

Murió, pues, el pobre hombre
 Por curarse estando sano,
 Y dejando el triste hombre
 De ridiculo y de insano.
 Así pues cuando imagino
 Que en cualquier mal ordinario,
 Sin guardar el menor tino,
 Un mandatario

Toma tantas precauciones,
Y medidas tan terribles,
Y hace mil persecuciones
Inauditas é increíbles;
(Como se ve entre nosotros
Que somos unos carneros
Y no, como dicen, potros
Altaneros).

EL PLACER Y EL DOLOR

FÁBULA

Sentados á la mesa,
Como buenos y amables comensales,
Hallábanse el *Dolor*, rey de los males,
Y el *Placer*, cuya faz alegre y bella
Sonrosaba del Rhin senda botella.
Por supuesto, entre aquestos personajes
De tan distinto humor, semblante y trajes
No fuera muy seguida
La charla, mas al cabo de algun rato,
Es decir á la hora de los postres,
Con voz por el deleite sacudida
Con aire, si es posible, mentecato;
Preguntóle al *Dolor* su compañero,
De suyo taciturno y muy severo:
«Será verdad que siempre tú te enrostrés
Conmigo en el banquete?
¿Qué doquiera que vaya allí tu imájen
Pálida, macilenta,
Habrás de estar delante
Como á pedirme cuenta?
¿Quién es el que en mis fiestas se entromete?
¿No lo podrás decir? Habla, cuitado,
Que ya de tu silencio estoy cansado.
¡Haber dispuesto el bárbaro destino,
Cruel é inexorable,
¡Que estemos siempre juntos! Desatino!
Esto es unir lo bello y mas amable
Con lo mas repugnante que podría
Concebir la ingeniosa fantasía.
¡No haberme, digo, dado á la *Esperanza*,
Á la *Inmortalidad* por compañeras!
¡Ah! si así fuese nunca tú estuvieras,
Como hoy estás delante de mis ojos,
Turbando despiadado mis antojos,
Y como fiero y ponzoñoso bicho
Royéndome tenaz todo capricho.
Al concluir esta arenga, muy pausado
Levántase el *Dolor* tan resignado,
Y con voz angustiada y faz clemente
Replicale al *Placer* muy elocuente:
«Me culpas, insensato!
Porque tus pasos sigo á cada rato;

Creyéndose el tal caído
Cuando el pueblo no quisiera,
Ni dar un solo rugido,
Ni armar la menor quimera;
Yo le diría «su suerte,
Aunque estuviese enfadado,
Va á ser al cabo la muerte
De Trincado.»

Porque en la fiesta y crapulosa orgía
Me miras incesante noche y día.
¿Y por qué, lo crearás, tus huellas sigo?
Para asustarte con mi voz llorosa:
Para llamarte como buen amigo:
Para evitar que sigas turbulento
Tu vida cenagosa:
Para impedir que en tu afanar violento
Te despeñes furioso en el abismo
Llevado de tu misero egoísmo.
Sin mí jamás la rienda
Contuvieras al goce y la fortuna:
Sin mí jamás la venda
Del engaño cayera de tus ojos;
Y víctima infeliz de tus antojos,
El placer que entre sueños ves eterno
Sería, no lo dudes, un infierno.»
Hablando así el *Dolor*, cual por encanto
Preséntanse á su vista dos doncellas
De sin igual belleza:
Su cándida pureza
El brillo de sus ojos como estrellas,
Y el hábito amoroso
Que desprenden sus labios purpurinos,
Hacen que este combate tan ruidoso
Concluya y que se fijen los destinos
De aquellos pertinaces combatientes.
«Nosotras, dicen graves y elocuentes:
Somos la *Eternidad* y la *Esperanza*,
Mandadas por los cielos,
Que venimos radiantes de ternura
Á premiar sin tardanza
Del virtuoso *Dolor* la desventura;
Á endulzar sus amargos desconsuelos;
Á coronar gozosas su martirio;
Á conducirlo á la morada eterna
Donde existe *el que todo lo gobierna*;
Y á anunciar al *Placer*, que en su delirio
Del *Dolor* esquivó toda advertencia,
Y todo sentimiento,
Que por siempre jamás de su existencia
Compañero será el *remordimiento*».

LA OCASION Y EL DESEO

FÁBULA

«Aquí me tienes ya. ¿No me llamabas,
Deseo caprichoso, y esperabas
Con placer anhelante mi visita?
Estoy ya en tu poder: vengo á tu cita.
Mas te ruego que dejes reflexiones
Y en alas del placer las tentaciones
Sigas violento, evaporado loco,
Que entre tanto sufrir gozar es poco,
Siendo el goce fugaz y los momentos
Del penoso existir largos y lentos.
¿Por qué vacilas pues? ¿Por qué la frente,
De gozo ayer no mas resplandeciente,
Doblas á la vergüenza, si un asilo
Te ofrezco mas ameno y mas tranquilo,
Donde tu vida corra placentera
Oyendo al ruisenior en la pradera;
Aspirando el perfume de las flores
En un mundo de aromas y de amores?
¿Por qué pues tu alegría se ha cambiado
En inquietud, terrores y cuidado?
¿Qué es esto di? Si vengo, no me atiendes,
Si tu voz yo no escucho, mas te enciendes,
En vividor anhelo; desesperas,
Maldices de tu suerte; y muy de veras
Creyendo tu existencia ya importuna,
Monótona, pesada, tu fortuna
Trocar quisieras en feroz delirio
De un insensato amor por el martirio.»
Así habló la *Ocasión*, mas el *Deseo*
Novicio todavía,
Y á quién este lenguaje, segun creo,
Su pundonor hería,
Le dice: espera, amiga, espera,
Que como aquesta vez es la primera
Que te miro, me causa tal espanto

Tu mirada de fuego,
Tu abrasador aliento,
Tu cariñoso ruego
Que ¿me crearás? acerbo sentimiento
En delicia bañado
Siento en mi corazón despedazado.
— ¡Acabarás cobarde! Bien sabía
Que en pecho virginal siempre hallaría
Oposición y susto;
Mas nunca imaginé que por tu gusto
Habiéndome llamado,
Y viniendo gozosa yo á tu lado
Á verter el consuelo
En tu existir de duelo,
Á refrescar con mi vapor tu frente,
Á embriagar tus sentidos con mi aliento
Negarás te demente
Á recibir de mi gloria y contento,
Al decir esto, la *Ocasión* despliega
El ala perfumada
Y tocando la faz ya sonrosada,
Indicio del placer en que se aniega
El tímido *Deseo*,
Le imprime un beso y calla
¡Diabólico placer! ya no batalla;
Ya no piensa la víctima, ya cede,
Y hácia el abismo ciega caminando
Va á sepultarse á su pesar llorando.
El llanto, la amargura,
La horrible desventura
Fueron eternos ¡ay! mas el *Deseo*,
Puesto ya el pié del crimen en la senda,
No contiene la rienda,
Hasta que al fin muriendo repetía:
Lo que es una ocasión: quién lo creería!

SONETO

— ¿Qué quieres ser, chiquillo? — Sacerdote.
— ¡Qué disparate! No hay capellanías.
— Abogado seré. — No lo podrias
Pues la naturaleza te hizo un zote.

— ¿Médico si quieres? — Al estricote
Te tratarán, de cierto esas arpias
De doctores: te harán mil picardías,
Y, á mas, no ganarías un camote.

¡Militar! ¡ya acerté! — Ni en bufonada,
Te asustas del volido de una mosca.
— ¡Comerciante! ¡ahí está di en el registro!

— ¿Y cómo si no entiendes palotada?
— ¿Entonces qué de ser? — ¿Quieres la rosca?
Pues á educarte voy para Ministro.

LA LÁMPARA Y EL SÁBIO

FÁBULA

¿Será cierto que apenas conseguia
Entrever la verdad mis ojos cieguen
Con tu luz quemadora? Así decia
Un sábio que escribia
Á la luz de una lámpara fulgente
Una obra de su ingenio sorprendente.
« No hace poco, repite, que tus rayos
Descienden luminosos
Sobre el blanco papel, y ya borrosos
Se muestran los renglones
En que claras estaban las razones
De la existencia del *autor de todo*.
¿Qué es esto, pues, que ahora me oscurece?
¿Donde están tus fulgores,
Aquellos resplandores
En que mi orgullo de saber se mece?
¿Por qué, digo, se empaña ¡quién creería!
Lo que ha poco brillaba como el día?

Diciendo esto y tomando enfurecido
La lámpara, la arroja por los suelos;
Y al morir exclamó la pobrecilla:
La cosa es muy sencilla,
Tu ceguera no viene de mis rayos,
Viene solo, sabráslo, de tus ojos,
Que, criados para ver la luz á medias,
No pueden contemplarla toda entera
Sin sentir ni caer en la ceguera.
Lo mismo que te pasa con mi brillo,
Te pasa todo el día
Estudiando esa cruel filosofía,
Que te ciega en lugar de demostrarte
Que haces mal de afanarte
En esta corta vida
(De suyo miserable y afligida)
En hallar la verdad, que siempre oculta
La luz que toda luz al fin sepulta.

A MI HIJA LUISA

No eres linda mujer y me embelesas
No eres genio tampoco y yo te admiro;
Por mí no lloras, yo por tí suspiro,
Y, aunque yo no te importe, me interesas.

Aunque yo te importune no me pesas!
No importa tu frialdad, por tí deliro:
Si jamás tu me ves, siempre te miro
Y olvidarte no puedo ni por esas.

¿Y por qué, me dirás, tanto cariño,
Tan delicado amor, tanta ternura,
Extasis tanto de sencillo niño?

Y, apesar de mis años, tal locura?
¿Por qué? ¿No lo adivinas todavía?
Porque eres alma de la vida mia.

LA LEY Y EL DERECHO

FÁBULA

— « Hija soy vuestra, y sin embargo el mundo
Alega no es igual nuestro destino:
Que vuestro origen es santo y divino
Y el mio á veces lozadal inmundo. »

Así hablará la *Ley*; mas con profundo
Dolor responde el padre peregrino:
« Eso que dices no es un desatino,
Y en esto la razon la tiene el mundo. »

« Es cierto que del cielo he descendido,
Que soy de la verdad un hijo Augusto,
Á la vida nacido sin misterio;

Mas un día liguéme inadvertido
Con la justicia humana por mi gusto;
Y el fruto fuiste tú de ese adulterio. »

LAS QUEJAS DEL CIEGO

Quiero mirar la luz, ver como quiebra
Sus rayos en el valle y la montaña;
Cual del Sol en las aguas del arroyo
La flamígera imágen se retrata.
Quiero mirar la diáfana cortina
Que, á semejanza de ligera gasa,
Encubre las estrellas rutilantes
Que tachonan del cielo la portada.
Quiero mirar la flor, como á los besos
Del Sol abrasador en la enramada
Entreabre su capullo que humedece
El llanto del amor de la mañana.
Quiero mirar al céfiro liviano
Retozar con la rosa nacarada,
Y llevar en sus alas el perfume
Que el clavel y el jazmín por ella exhalan.
Quiero ver á los árboles vestidos:
Como sus flores de pulido nácar,
Y sus frutos de gaya primavera
Del ámbar y la miel, graciosa cuaja.
Como el jardín y el prado con sus tintes
De color de esperanza los esmalta;
Y el risco y el abrojo del desierto
En ameno collado y fértil cambia.
Quiero ver como rompe entre las rocas
Sus ondas la rugiente catarata,
Y la campiña inunda, y amedrenta
Al sencillo pastor en su cabaña.
¡Las estrellas! ¡el aire! ¡el sol! ¡la luna!
Quiero ver de una vez, ver la alborada
Con el dulce concierto de las aves
Que juegan con las flores, y que rasan
El terso espejo de las claras ondas
Con sus pintadas y plumosas alas.
¡Oh! la luz, por piedad, dame, Dios mio!
Un instante de luz que el orbe aclara,
Que das, benigno, hasta al insecto efímero.
Hasta las bestias que la tierra talan.
¿Por qué no me descordes, Dios potente,
El denso velo que mi vista empaña,
Y permítes que rompa las tinieblas
Que envuelven mi existencia afortunada?
¿No quieres tú, que vea yo tu hechura,
Que te entone gozoso en la mañana
El himno santo del amor divino
Que con solo mirarte el mundo canta?
¿Por qué, pues, me condenas al abismo
De negra oscuridad, y no te apiadas
De que en sus densas sombras prisionera
Se halle por siempre mi alma enamorada?
¿No me diste la luz? ¿No ví en un día?
Luego ¿por qué sañudo me arrebatas
Lo que otra vez tan bueno me ofreciste

Para llorar, sin duda, mas su falta?
¿No te mira el perverso que maltrata
Tu angusto nombre y tu existencia niega,
Y paga, ingrato, el bien que le regalas?

Quejábese así triste
El pobre ciego un día,
Sentado de un arroyo
Á la apacible orilla,
Y de sus ojos vagos
Mil lágrimas destilan.
Toma luego la mano
Del niño que lo guía;
Y en amorosa plática
Y con blanda sonrisa
Prosigue su camino
Á la aldea vecina.
« ¿Qué tienes? le pregunta
Con voz enternecida
El precioso chiquillo,
« ¿Qué tienes, qué decías?
¿Acaso imaginabas,
Que léjos de tu vista
Con los demás muchachos
Por la vega corria;
Y que la noche, solo,
Pasaras á la orilla
De ese arroyo, testigo
De tu melancolía?
Mas ¡ay! buen abuelito
Dulce amor de mi vida,
¡Oh! cuánto te engañabas
Si así tú lo creías!
¿Tengo acaso mas padre,
Mas amigo en la vida
Que tú, desde que el cielo
Arrebató á tu hija,
La hija á quien amaste,
La tierna madre mia?

Al escuchar esto,
Dice el pobre anciano,
Clavando en los cielos
Sus ojos nublados:
Dulce niño mio,
Mi amor y mi amparo,
¿Por qué me recuerdas
Los tiempos pasados?
¿Por qué de tu madre
(Perfecto retrato)
Tambien tú le imitas
La risa y el llanto?

¿No me ves de penas
Horribles cercado,
Llorando memorias
Sin hallar descanso?
¿No ves cómo quieren
Mis ojos avaros
Mirar de los tuyos
Su angélico rasgo?
Mirar tu semblante
Tan puro y rosado,
Tus labios y rizos
Que tocan mis manos,
Y beso, lloroso,
Durmiendo en mis brazos?
¿Y así me preguntas,
Chiquillo adorado,
Qué tengo, qué quiero,
Qué busco llorando?
Rompe de mis ojos
El velo acerado
Que roba á mi alma
Del día los rayos:
Que quita, inclemente,
Te mire jugando
Con la mariposa
Que vuela en el prado,
Ó bien en la yerba,
Si duermes, soñando
Con el corderillo
Que trisca en el campo:
Y verás si entonces
Me quejo, angustiado,
No obstante los males
Que danme los años,
Y de los recuerdos
Que en mi pecho guardo
Como una reliquia
Del tiempo pasado.

No bien dijera aquesto, el tierno infante
Replicale amoroso
« No mires para atrás, mira adelante,
Que el porvenir es siempre muy hermoso.
Si te falta la luz, seré yo el guía
Que te lleve certero
Ó por el prado ó por la selva umbria
Sin que me espante lluvia ó sol de Enero. »

« Si lloras á tu hija, también tienes
Un hijo que te adora;
Y si la falta sientes de los bienes
Que la fortuna te robó, traidora,
Trabajaré, te juro, noche y día
Sin cansancio ni pena
Para que tengas en la noche fria
Lecho mullido, lumbre y buena cena.

Después de soltar la rienda
El niño á su pensamiento,

Y de estrechar al anciano
Mil veces contra su pecho,
Silenciosos el camino
Que les restaba siguieron,
El uno callando penas
Y el otro festivos sueños.
Al llegar (ya era de noche)
Á la eminencia del cerro,
Que separa de la aldea
El lugar que conocemos,
El toque de una campana,
Parecido á aquel lamento
Que exhala el pobre que muere
Sin amparo ni consuelo,
Llegó al oído aguzado
De nuestro misero ciego;
Y, parándose un instante,
Lanza un suspiro del pecho
Y exclama con voz quebrada
« Tarde llegamos, Anselmo. »
« La iglesia estará cerrada,
Hijito, cuando lleguemos,
Pues, ya siento que á maitines
Están tocando en el templo. »
Á pesar de esto corramos:
Llévame, mi alma, ligero,
Que necesito rezar,
Hablar con Dios un momento,
Y darle gracias, rendido,
Por la limosna que llevo.

No bien hablara afligido
Esto que vamos diciendo,
Aprietan ambos el paso,
Llenos de fervido anhelo;
Y, ya subiendo ó bajando
Del monte los bericuetos,
Sin que tropiece el anciano,
Ni pierda el chiquillo aliento,
Llegaron á la media hora
Á la portada del templo
¡ Bendito seas Dios mio!
Exclamó gozoso el viejo;
Y desnudando la frente
Del muy rapado sombrero,
Que ocultaba su ancho cráneo
Poblado de albos cabellos,
Santiguóse siete veces
Y entraron ambos ligeros.

¡ Oh poderoso Dios! dijo el anciano,
Aquí me tienes tú, con mi quebranto,
Con mi agudo dolor, pero á tus plantas
Siempre lleno de gozo arrodillado.
Sí, Señor; aquí viene el pobre ciego
Á bendecir tu omnipotente mano,
Que reparte, magnífica, á los hombres
Cuanto bien y placer imaginaron,
Á darte gracias por la misma pena

Que devora mi pecho lastimado,
Y á pedirte perdón de que mis ojos,
Á veces viertan dolorido llanto! —
Á pedirte perdón de haber querido
Mirar la luz que, justo, me has negado,
Sin pensar que no es dado al que padece,
Impío, renegar de tus mandatos.
Á no ver ya jamás el claro día
Estoy, Señor, por siempre condenado;
Pero ese bien supremo, te lo juro,
No he de volver siquiera á imaginarlo.
Contento estoy, Señor, con tus decretos;
Te adoro, y me prosterno ante tus fallos;
Mas, ya que nada pido ni merezco,
Te encomiendo, Señor, á mi hijo amado,
Á aqueste niño que en la tierra entera
Es solo mi cariño y dulce amparo,
Á aquesta criatura que es el fruto
De la hija que al cielo me has llevado,
Y á quien amé, como que fuera ella
La sávia de un amor inmenso y santo.

¡ Pobre ciego! no te quejes
De que la luz te hace falta,
Que muchas veces es ella
Voraz incendio del alma.
¿ Para qué mirar pretendes
La belleza tan amada?
¿ Para verla del dolor
Y de la muerte en las garras?
¿ Ó crees que no es un tormento,
Una pena endemoniada
Mirar el rostro que amamos,
La cintura mas gallarda,
Marchito á manos del tiempo,
Por la vejez encorvada?
Ver quizás en su semblante
De un vil engaño la marca,
Ó mirar que ya sus ojos
No dicen una palabra,
Por no decir con la boca:
« No tengo nada en el alma. »
¿ Hay una pena en la tierra
Á esta, ciego, comparada?
Luego ¿ por qué de la luz
Los rayos buscas con ansia?
Tus tinieblas te figuran
Siempre fiel á tu adorada,
Siempre jóven, siempre bella,
Siempre hechicera y lozana;
Mientras la luz no me finge
Á mí ilusion tan rosada,
Pues solo miro en quien amo
Del tiempo voraz la estampa
Para tí no hay el invierno
Con su blanquecina escarcha,
Sino siempre primavera
Que frutos dá de oro y grana.
Para tí la tempestad,
Del trueno y rayos preñada,

No tiene el horror que inspira
Cuando se vé en la montaña
Azotar, mugiendo fiera,
Los peñascos con sus alas.
Para tí no hay noche triste,
Lóbrega, desesperada,
Pues no esperas de la luna
La tibia amorosa llama.
Tú tienes, en fin, un cielo,
Una tierra imaginaria,
Do brillan siempre mil astros
Que nubes jamás empañan;
Donde producen lozanos
Mil ricos frutos y plantas;
Y donde el placer no muere,
Ni la ilusion se desgaja
De la verdad al aspecto
Que todo rompe y acaba.

Luego que dijera
El ciego su rezo,
Salióse, imagino
Gozoso del templo;
Y echándose alegre
Tranquilo en el lecho,
Se durmió mecido
En alas del sueño.
Si vió allí la tierra,
Si miró allí el cielo
Poblados de encantos,
Eso no sabemos;
Pero, sí, pensamos
(Y es fácil creerlo)
Que tornó á la pena
Que volvió á sus sueños,
Y á pedir perdones
Á Dios en el templo.
Porque el hombre nunca
Se encuentra contento
Con la que le dieran
Benignos los cielos;
Y busca y desea,
Y sigue frenético
Tras el bien que existe
Solo en su cerebro,
Y que nace á impulso
De locos deseos.
Quien mira perdida
(Ya ven este ejemplo)
La luz que despide
Magnífico el cielo,
Ese la codicia
Rabioso y sediento;
Mas, si Dios le diera
Este bien supremo,
Quizás lloraria
Sus negros recuerdos,
Ó, mejor, quisiera
Volver á ser ciego.

UNA SESION SECRETA DEL SENADO DEL CONGO

Tocó la campanilla el presidente :
 La sesion se vá á abrir con los señores,
 Todos muy elocuentes oradores,
 De altivo pecho y generosa mente;
 Que el gobierno quisiera
 De popular caterva
 Sacar á semejanza de Minerva
 Cuando saliera armada
 Del cerebro de Júpiter tonante,
 Para probar el númen arrogante
 La fuerza de su espada;
 Y que no hay bien posible á los humanos
 Sino aquel que le dieran los tiranos.

Más ¿qué asunto será el que los convoca
 Á venir tan temprano,
 Y dejar los negocios de la mano?
 Soltar uno la vara
 (Y no de la justicia) sino aquella
 Con que mide bayeta
 En traje de chalan con su chaqueta.

Otro dejar la cama,
 Dó el histérico á veces lo condena,
 Y que parece mas una alma en pena,
 Segun su cara de agonía y susto,
 Que altivo prócer de Senado augusto.
 Otro dejar el mostrador vacío

Dó la usura ejercita
 Cual mercader judío.
 Otro dejar suspensa
 La cuenta de sus vacas y potrillos,
 Del cebo y de la grasa,
 Del trigo y los novillos,

En que á sus solas el alma se extasía,
 Y rueda su mezquina fantasía.

Otro, el súcio y estrecho protocolo,
 Que á su sabor estira,
 Y dale en recompensa
 El salario del lodo,
 Del fraude y la mentira.

Otro, en fin, el sillón donde se mece
 Cual otro Radamantos
 Esparciendo el dolor en todos cuantos
 Imploran su justicia

(Es decir en el pobre independiente
 Que no adula al gobierno bajamente)
 Y cediendo gozoso á la avaricia,

Al vicio enriquecido
 El galardón al mérito debido.

¿Qué asuntos, pues, los trae? Ya veremos.....
 Don Mínimo va á hablar... Ya habló... ¿qué dice?
 ¡Pide sesion secreta!
 ¡Ah!!! ya sé, va á acusar las picardías,

Las negras inauditas tropelias
 Que en todos los lugares,
 Hicieron sus amigos á millares
 Para darle de prócer el diploma,
 Y que juegue el gobierno á la maroma
 Es justiciero, sí : no habrá remedio —
Pedro el Cruel se le llama y con motivo :
 ¡Vamos! no dejará ninguno vivo
 De todos los bribones
 Que ganaron aquestas elecciones.
 ¿Pero qué?... nada de eso..... es lo que pide;
 El asunto es mas árduo y delicado :
 Es solo que se deje desplumado

Al oficial de pluma,
 Que no estuviera en suma
 Ni tres meses del año pelechado,
 Por copiar desatinos del Senado.
 Y ¿cómo cohonestar tal tropelía,
 Un abuso tan gordo

En gente de tan alta gerarquía?
 Vá á decirlo por él el Secretario : —
 ¡El oficial es sordo!.....
 Y asiste de ordinario.....

Mas el año pasado no ha asistido.....
 « ¡Que quede incontinentemente destituido!

Replicale don Mínimo,
 « Pues si es sordo charló como si oyera
 « Contra el Gobierno con la voz entera. »
 « ¡Á votar! ¡á votar! » repiten todos,
 « ¿Con bolas ó sin bolas se le arroja? »
 « Con bolas, » dicen unos, « pues que sea, »
 Repiten á una voz todos ufanos,
 Y agarran sus dos bolas en las manos.

« Resultaron, proclama el Secretario
 Con tono halbuciente,
 Y dando á su pesar diente con diente,
 « Catorce bolas negras » — « ¡Carambola! »
 Repite el Presidente,
 « Esto es decir á senador por bola. —
 Que se oficie á la parte lo ocurrido,
 La causa porque ha sido destituido, »

Continúa seis ojos,
 « Y escribese en el acta con cuidado
 Esta sesion secreta,
 Para que á nadie nunca comprometa,
 Y sirva de leccion á todo empleado
 De este agosto, impertérito Senado. »
 Diciendo esto, tocó la campanilla,
 Y dijo, « Adios señores,
 Que si alguien exclamare ¡ah senadores!
 ¡Todos de calilla!

Diré yo por ustedes, y en respuesta,
 La mentira es tan clara,
 Que no hay mas que mirarles á la cara. »

DOMINGO ARTEAGA ALEMPARTE

Nació en Concepcion en noviembre de 1835. Desde muy joven dió pruebas de su afición al cultivo de la literatura, publicando en varios periódicos algunas de sus producciones que fueron perfectamente recibidas por el público.

Á su vuelta del Perú, donde estuvo algun tiempo, fundó en 1859, en compañía de su hermano Justo Arteaga Alemparte, un periódico literario *La Semana*. Tomó parte poco despues en la obra *Historiadores de Chile*, y bajo su direccion se publicaron los tres primeros tomos; publicó en 1866 una traduccion del célebre libro de Laboulaye : *Paris en América*; y últimamente ha sido redactor, durante dos años, del diario político *La Libertad*.

Ha desempeñado desde 1863 á 1867, el destino de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores; y lo abandonó para ocupar un asiento en el Congreso, como diputado por el departamento de Chillan. En 1870, ha vuelto á ser elegido diputado por el departamento de Talca.

Es actualmente el señor Arteaga miembro de la Universidad en la facultad de humanidades.

ODA AL AMOR

¡Oh Amor! tú que gobiernas
 El sentimiento humano,
 Que ensalzas ó prosternas
 Con invencible mano
 El inmortal espíritu
 Que anima nuestro ser!
 Deidad, cuyos santuarios
 Tiernas ofrendas llenan,
 Y nunca solitarios,
 Con ecos mil resuenan
 De jubilosos cánticos
 Que aclaman tu poder!

Jamás tu santo nombre
 Juró mi labio en vano,
 Ni de tu ley, al hombre
 Impenetrable arcano,
 Mofé en impía sátira,
 Ó en chiste baladí :
 Tu alto misterio adoro
 Tu omnipotencia siento,
 Y hoy que á mi musa imploro
 Nuevo favor y aliento,
 ¡Á tí de mi fiel cítara
 El primer canto, á tí!

Al rey de la colina
 Y á la del prado diosa,
 Á la orgullosa encina
 Y la purpúrea rosa
 La luz del sol vivifica
 Dió pródigo el Señor;

Y á el alma humana, germen
 De simpatía y ciencia,
 En cuyo sueño duermen
 Verdad, bien y creencia
 Le dió tu luz purísima
 Tu luz fecunda, Amor!

¡Ay de la pobre planta
 Que el sol nunca ha mirado,
 Y pálida levanta
 En medio del nublado
 Su estéril rama, huérfana
 De aromas y de flor!
 ¡Ay del mortal que un rayo
 De amor jamás ha herido,
 Y en lánguido desmayo
 Su corazón sumido,
 Se agita en una atmósfera
 Sin luz y sin calor!

¡Oh, cuán de otra manera
 Sí, Amor, tu lumbre viertes
 Del alma en alta esfera,
 Y fúlgido conviertes
 La infancia y su crepúsculo
 En alba y juventud!
 El silencioso velo
 Se vé caer, las nieblas
 Disipanse, y el cielo
 De mil celajes pueblas
 Rosados, blancos, diáfanos,
 De casta beatitud.